

LAS HAZAÑAS REVOLUCIONARIAS DE FRANCISCO MURGUÍA

LOS FURIOSOS COMBATES DEL BAJÍO

CÓMO PERDIÓ SU BRAZO EL GRAL. OBREGÓN

El divisionario herido pretendió suicidarse;
el Gral. Gil queda al frente de las fuerzas carrancistas

CAPÍTULO IV

Toda la fuerza de las cargas de caballería de los generales Rodolfo Fierro y José Rodríguez, en el primer frente de León, se habría de estrellar frente a las labores de la infantería del general Álvaro Obregón.

Apenas Rodríguez había dado su tremenda y sin igual carga hasta posesionarse del cerro de La Cruz, cuando de un bosque que se encontraba como a un kilómetro de las líneas de Murguía y de Diéguez, salieron como demonios tres mil jinetes a cuyo frente iba el general Fierro.

Llevando cada uno en la mano una pistola 45, los tres mil jinetes se lanzaron ululando sobre la línea de Murguía; pero los soldados carrancistas, firmes en sus loberas, contestaron con descargas terribles que hacían rodar a los dra-

La revolución constitucionalista

gonos, quienes sin poder romper la línea enemiga continuaban en ondulación para arremeter un poco más adelante en la posición donde eran recibidos con igual firmeza.

INÚTIL, PERO HEROICO

En algunos puntos, la carga era tan tremenda que caballos y jinetes saltaban sobre la línea de fuego para caer abatidos tras las trincheras; en otras partes, era tal el ímpetu de la carga, que cuarenta o cincuenta jinetes entraban a terrenos de los carrancistas para continuar la carrera desenfrenada dentro de ellos, donde eran cazados fácilmente por el fuego de las ametralladoras que tenían que voltear sus bocas para acribillar a balazos a los villistas por la espalda.

Como una corriente impetuosa y gigantesca, la caballería villista recorrió cuatro o cinco kilómetros, estrechándose siempre como las olas se estrellan ante los acantilados.

La tentativa para destrozar el frente carrancista había sido infructuosa pero heroica. Trescientos villistas muertos al pie de las loberas carrancistas daban cuenta del arrojo y temeridad de los hombres que peleaban inspirados por la figura de un guerrillero grandioso, el más grande que ha existido en México.

MURGUÍA EXTIENDE SU FRENTE

El triunfo obtenido después de aquella carga brutal hizo crear mayores esperanzas de victoria al general Obregón y de considerar que su fe en sus infanterías tenía razón de ser.

Al siguiente día ocurrieron combates parciales a lo largo de la línea de fuego; y el 14 en la madrugada, el general Murguía, al frente de setecientos hombres de caballería, hizo sobre la izquierda villista, y gracias a su audacia, logró posesionarse de la hacienda El Resplandor, logrando así ampliar la cadena carrancista. Los villistas, sin embargo, no se dieron por vencidos, y en varias ocasiones atacaron a Murguía, quien se defendió bravamente, hasta hacer perder al enemigo las esperanzas de recuperar la posición.

UNA TRAMPA DE VILLA

Desde el 14 hasta el 22, el enemigo hizo numerosas tentativas a fin de obligar al general Obregón a que abandonará las magníficas posiciones que ocupaba; pero el jefe carrancista continuaba enérgico y resuelto a sostener su plan primitivo, esperando que las caballerías villistas se estrellaran definitivamente en su largo frente de batalla.

Villa, sin embargo, con gran habilidad, hizo llegar un movimiento de engaño sobre la vía férrea de San Luis a Querétaro, amagando así al general Obregón, de cortarle la vía de aprovisionamiento de Pachuca a Irapuato, por lo cual el general Obregón dispuso la salida de las fuerzas de Murguía hacia Dolores Hidalgo con el objeto de proteger la vía férrea.

Tan luego el general Villa se dio cuenta de la habilidad de su maniobra, ya que Obregón había restado fuertes contingentes de su línea de batalla, inició preparativos para lanzarse a un ataque general; pero Obregón, dándose cuenta de que había caído en una trampa, hizo retroceder violentamente a las fuerzas de Murguía, comprendiendo que la importancia del momento estaba sobre su línea de fuego y no sobre la vía férrea de San Luis.

LAS INFANTERÍAS VILLISTAS

No se equivocó Obregón en sus apreciaciones, ya que en las primeras horas del 22 (junio), fuertes columnas de infantería villista avanzaban resueltamente sobre las trincheras carrancistas. En esta ocasión, el general Villa, que se había dado cuenta de la imposibilidad de maniobrar libre y eficazmente con sus caballerías, acudió a sus infanterías; pero este recurso era infructuoso ya que desde el primer momento del avance de Obregón, las infanterías de éste habían dado a conocer su superioridad y Villa carecía de elementos capaces de enfrentarse a infanterías perfectamente posicionadas y fogueadas.

Las infanterías villistas, apoyadas por una columna de caballería, avanzaron denodadamente sobre las lomas de los carrancistas; pero una y dos veces fueron rechazadas por el fuego de fusilería y de ametralladora. Sin embargo, una tercera carga fue intentada con tropas de refresco; pero al igual que en las otras dos, los villistas tuvieron que retroceder dejando el campo regado de cadáveres.

La revolución constitucionalista

Al hacer este ataque con las infanterías, el general Villa quiso aprovechar admirablemente a su caballería y haciendo hacer un gran rodeo a quince mil jinetes a las órdenes de Fierro, Urbina y Rodríguez, atacó la retaguardia de Obregón, causando en ella grandes estragos y avanzando casi triunfalmente sobre las haciendas de Los Sauces, La Loza y Santa Ana.

MURGUÍA, SIEMPRE OPORTUNO

Comprendiendo la importancia de este ataque a su retaguardia, el general Obregón ordenó al general Cesáreo Castro que con tres mil jinetes saliera al paso del enemigo. Castro se lanzó con gran impetuosidad sobre el enemigo; pero la superioridad numérica de éste comprometió seriamente la acción durante breves instantes. La caballería villista había logrado grandes ventajas y hacía retroceder a la caballería carrancista, cuando en esos momentos apareció en escena el general Francisco Murguía, quien en camino hacia Dolores Hidalgo había recibido órdenes urgentes de retroceder a la línea de fuego. Colocándose en el centro de sus dos mil quinientos caballos, el general Murguía se lanzó sobre la caballería de Rodríguez en carga tremenda, arrebatadora y decisiva, y sin detenerse después de haber puesto en fuga a Rodríguez, el general carrancista continuó sobre la columna de Fierro, quien hizo esfuerzos supremos para mantener el terreno que había conquistado; pero en esos momentos, el general Castro, que había logrado reorganizar sus fuerzas, volvió a la carga y tras de un combate encarnizado y apoyado por la artillería emplazada al oriente de Trinidad, logró ponerlo en dispersión, persiguiéndolo sin descanso hasta la hacienda Duarte.

SITUACIÓN COMPROMETIDA

Destrozado el enemigo que había atacado la retaguardia, y rechazados también los ataques de la infantería villista, el general Obregón quedaba nuevamente dueño de su línea de fuego; pero en situación comprometida, ya que empezaban a escasear las municiones por una parte, y por la otra había resentido bajas que ascendían a más de mil hombres, entre muertos y heridos.

El general Murguía urgió repetidas veces al general Obregón para que, aprovechándose de las derrotas que se habían infringido al enemigo, se lanzaran los constitucionalistas en ofensiva general sobre los villistas.

Pero el general Obregón continuó firme en su propósito de continuar a la defensiva, hasta agotar a las caballerías villistas para después batir con mayor facilidad a las infanterías del enemigo, que no ofrecían grandes peligros. Obregón era hombre que no confiaba en los triunfos parciales y sabía esperar el momento para conquistar la victoria.

En cambio, el general Villa –y de la táctica de Villa estaba seguro Obregón– continuaba concentrando contingentes en los alrededores de León, dispuesto a cada instante a la ofensiva y sin medir los propósitos de su contrario. Para los últimos días de mayo, el guerrillero había logrado ya cubrir las bajas que había tenido desde la iniciación de los combates y sus efectivos ascendían a cerca de treinta y cinco mil hombres.

OBREGÓN REPUESTO

Obregón no tenía más tropas de qué echar mano, pero el 30 de mayo recibió un buen cargamento de municiones pudiendo así cubrir las dotaciones de todos sus soldados y quedando listo no solamente para una defensiva, sino también para emprender la ofensiva.

El enemigo insistió el 30 en su cambio de táctica, teniendo como objetivo la retaguardia carrancista, para lo cual el general Villa hizo que las brigadas de los generales Manuel Chao y Tomás Urbina, caminando cautelosamente sobre la izquierda de Obregón, se situaran a la retaguardia, atacando la plaza de Silao, donde se encontraba el general Fortunato Maycotte.

Chao y Urbina cayeron sobre Silao, plaza que ocuparon tras de breve resistencia de Maycotte, quien ante la superioridad numérica del enemigo se retiró hacia Irapuato, con grandes pérdidas.

Además de las brigadas de Chao y de Urbina, el general Villa movilizó por la derecha de los carrancistas a las fuerzas del general Rodríguez, poniendo así cerca de siete mil caballos sobre las espaldas de Obregón, cuya situación quedó sumamente comprometida desde aquel momento.

La revolución constitucionalista

CARGAS Y MÁS CARGAS CONTRA MURGUÍA

Situados los siete mil jinetes villistas a la retaguardia de Obregón, el general Villa, comprendiendo la importancia de las posiciones carrancistas que se extendían frente a la hacienda de Santa Ana, concentró toda su atención sobre este punto, y personalmente el guerrillero se dispuso a dar la batalla.

En la mañana del primero de junio, Chao y Urbina avanzaron sobre las caballerías del general Murguía, y se lanzaron luego furiosamente sobre ellas. No había terminado la primera carga, cuando nuevas tropas de refresco cargaron también. Murguía se defendía desesperadamente. En varias ocasiones, seguido de su jefe de Estado Mayor, coronel Arnulfo González y de sus ayudantes, contracargaba sobre el enemigo; pero las fuerzas numéricas de éste ascendían y había necesidad de ir retrocediendo, siempre en orden y defendiendo el terreno palmo a palmo.

CONFUNDIDOS UNOS CON OTROS

Hubo momentos en que villistas y carrancistas se trenzaron en tal forma, que la gente de uno y otro bando quedó confundida. El mismo general Murguía se vio de pronto rodeado por un grupo de jinetes enemigos; pero en lugar de inmutarse, les gritó “Por aquí, muchachos, síganme”, y los villistas atolondrados por el momento siguieron al general Murguía, hasta que éste, alcanzando a sus fuerzas se volvió sobre ellos violentamente, haciéndolos pedazos.

Tan comprometida era la situación de Murguía, atacado por todas partes, que así se lo comunicó por medio de uno de sus ayudantes al general Obregón, quien inmediatamente destacó en su auxilio a la brigada de caballería del general Pedro Morales, quien llegó a tiempo para rechazar las últimas cargas del enemigo y para proteger a Murguía hasta la hacienda de Santa Ana, que durante el día había sido objeto de terribles, pero infructuosas embestidas de los villistas. Durante la acción, el general Murguía había perdido numerosos elementos y entre ellos al general Díaz Couder, uno de sus más valientes jefes.

RUIDOS COMBATES EN SANTA ANA

Los combates del primero de junio habían dado ventajas a los villistas. Las mejores posiciones carrancistas estaban seriamente amenazadas. Además, las caballerías de Obregón estaban casi agotadas, si no es que destrozadas. La hacienda de Santa Ana, que para Obregón era de suma importancia, estaba semienvuelta por el enemigo y para su defensa sólo se contaba con las infanterías, por lo cual el general en jefe carrancista dispuso la evacuación de la hacienda El Resplandor, a fin de que las fuerzas que la sostenían se concentraran en Santa Ana. Seguramente que los villistas se dieron cuenta de la debilidad que ofrecía Santa Ana, y el día 2 insistieron en tomarla a viva fuerza, combinando hábilmente sus ataques con caballería e infantería, protegidas ambas armas con artillería que desde el día anterior había hecho serios estragos en la hacienda.

Sin embargo, y a pesar que la infantería villista llegó en varias ocasiones a tomar varios bordos en los alrededores de Santa Ana, combatiendo cuerpo a cuerpo, el general Murguía que se había encargado de la defensa de la posición, continuaba sosteniéndola por la noche.

Murguía, desesperado de que sus fuerzas continuaran a la defensiva y creyendo que esta actitud no haría sino dar bríos al enemigo e ir acabando con la moral de los combatientes, se dirigió al general Obregón, pidiéndole le permitiera avanzar; pero el general en jefe se opuso, explicando que aunque había resuelto tomar la ofensiva, ésta sería llevada a cabo en toda la línea a fin de evitar cualquier sorpresa por la retaguardia.

El día 3 empezó con un terrible cañoneo sobre las posiciones carrancistas, lo cual indicaba que el general Villa se preparaba para un asalto general. Al mismo tiempo, desde la hacienda de Santa Ana podía descubrirse que Villa movilizaba nuevos contingentes de caballería sobre la retaguardia, y de que el general Ángeles disponía la movilización de la artillería buscando posiciones desde dónde hacer más efectivos sus tiros.

OBREGÓN PIERDE SU BRAZO DERECHO

Acababa de hacer estas observaciones el general Murguía, cuando llegó a la hacienda el general Obregón, acompañado del general Diéguez. Obregón se dio cuenta también de los movimientos de los villistas, y acababa de dejar su

La revolución constitucionalista

punto de observación, cuando al atravesar el patio de Santa Ana, una granada hizo explosión y los balines le destrozaron el brazo derecho.

El general Obregón al darse cuenta de la gravedad de su herida, trató de suicidarse, pero el teniente coronel Garza le arrancó el arma con la que iba a dispararse. Obregón fue conducido violentamente a su tren, en donde fue operado, mientras que los villistas se lanzaban furiosamente sobre los soldados de Murguía, quienes pecho a tierra resistieron valiente y resueltamente las embestidas de los villistas protegidos por la artillería del general Ángeles.

HILL AL FRENTE DE LAS FUERZAS

Herido el general Obregón, el general Benjamín G. Hill, tomó el mando de las infanterías y poniéndose de acuerdo con los generales Murguía y Diéguez, resolvió llevar a cabo la proyectada ofensiva de Obregón para el 5 de junio.

Al resolver la ofensiva sobre los villistas, el general Gil puso en práctica el plan del general Obregón, aunque con algunas modificaciones con las cuales no desmintió su gran intuición en las tácticas militares.

Hill, al igual que Obregón, se dispuso a aprovechar las ventajas que ofrecía la infantería carrancista sobre la villista, utilizando solamente la caballería tanto para detener el avance de las caballerías del enemigo, como para dar golpes pequeños, pero audaces, con los cuales había de lograr distraer al enemigo.

Pero el mérito principal de la ofensiva de Hill, consistió en hacer movilizar y avanzar a sus caballerías por el rumbo contrario, de donde las esperaba el general Villa. Para realizar este movimiento que habría de abrir las puertas de León, el general Hill se fijó en el general Francisco Murguía, a quien comunicó sus planes la noche del 4 de junio, en presencia de los generales Manuel M. Diéguez y Francisco R. Serrano, jefe del Estado Mayor de Obregón.

Tanto Murguía, como Diéguez y Serrano, encontraron perfectamente combinado el plan de Gil y a la media noche del 4 se dispusieron a incitar los preparativos para la ofensiva general.

(Continuará el próximo domingo)

Segunda sección de *La Prensa*, San Antonio, Texas, domingo 3 de febrero de 1935, año XXI, núm. 356, pp. 1-2.